

Un ruido pausado avisa a los inquilinos de la casa de que la cerradura de la puerta de entrada a la casa está a punto de abrirse. Son casi las 15:45 y Sandra regresa del hospital arrastrando levemente los pies mientras trata de mantener una sonrisa fingida en la cara.

- ¡Ya estoy en casa! - Eleva ligeramente la voz, intentando impregnar de un tono cantarín a su saludo, aunque no lo consigue del todo.

Pablo (su hijo) aparece al instante para recibirla y la besa rozando levemente su mejilla. – ¡Ya casi me saca una cabeza!- piensa mientras observa cómo la recibe con aire zalamero.

- ¿Qué tal tu día? ¡Pareces cansada mamá!- le dice Pablo mientras le retira la bolsa del desayuno que lleva en la mano izquierda para depositarla sobre la mesa de la cocina. - ¡Tengo dos noticias! una buena y una mala ¿Cuál quieres saber? ¿Quieres saber primero la buena?. (Insiste Pablo).

- ¡Deja a tu madre al menos descalzarse y sentarse, Pablo!, -le increpa el marido de Sandra- ¿Estás bien cariño? Pareces seria.

- ¡Hoy no hemos ganado!, eso es todo- le dice en voz baja a Javier, mientras trata de mantener una sonrisa que no acaba de ser creíble.

- Pablo, sube a tu cuarto y deja a tu madre comer, luego le cuentas tus noticias, dale una tregua ¿Ok? (Susurra Javier a Pablo)

Y un segundo después ven desaparecer escaleras arriba a un adolescente que sabe que no es el momento de insistir, de hecho, está seguro que hoy su mala noticia no será tan mala para su madre. Sandra le consolará diciéndole algo así como: - ¿Sabes Pablo..., hay que poner cada cosa en su lugar? Está claro que puedes hacerlo mejor, pero ambos sabemos que “esto” no es un drama.- porque... - Sea lo que sea, nada es un drama cuando su madre vuelve como hoy.

En la cocina, mientras se termina de recalentar en el microondas una carne que ya se ha quedado algo seca Sandra mira con un amor infinito a Javier. Sabe que

no le preguntará nada más, que le dará espacio durante la tarde pero que, a pesar de los años que llevan juntos, le resulta difícil ayudarla en esos días. Se muestra atento con ella, intentado detectar si quiere o no quiere hablar del tema, si puede ayudarla, pero en el fondo tampoco quiere saber demasiado, no le agrada escuchar desgracias ajenas, enfermedades que prefiere no conocer y despedidas de pacientes que nunca conocerá.

- ¿Qué ha pasado, cariño? He visto tu mensaje, ¿Quieres hablar de ello? -  
Le dice mientras agarra su mano antes de que llegue a coger el cubierto de la mesa.

Sandra niega con la cabeza, son ya 20 años trabajando en esa misma UCI del HUF, su marido y sus hijos acompañándola en sus turnos, sus cambios de humor y sus ausencias en festivos, cumpleaños y navidades. Ellos, que se han acostumbrado a oírla hablar con absoluta naturalidad sobre la muerte y la enfermedad, siempre están ahí y una vez más quiere protegerles de sus miedos.

- Estoy bien, cansada pero bien, solo que necesito un rato. ¡Gracias! –  
Sonríe, esta vez con honestidad- .

“Hoy no hemos ganado” es la frase clave para qué no le pregunten qué tal ha ido el día, para que respeten ese espacio que necesita hasta que consigue dejar de ser la enfermera de una UCI para convertirse en la madre y en la pareja de siempre. En ese momento necesita sus risas, un abrazo extra que le devuelva la tranquilidad de su hogar y la sensación de que ha hecho todo lo posible.

La muerte no debería ser una lucha, piensa Sandra en silencio, pero nosotros a veces lo convertimos en ello, un esfuerzo que roza la desesperación por mantener a nuestros pacientes a este lado, el de la vida. Nos cuesta reconocer que ya no hay nada más que hacer y que NO, no siempre podemos hacer algo más, aunque nos quede una sensación frustrante y triste.

¿Qué se siente cuando uno de tus pacientes de los que llevas semanas cuidando fallece? En ocasiones es un tema tabú, se habla poco de las pérdidas, son hijos de otros, padres de otros...forman parte del trabajo habitual y no se contempla

como un duelo individual, cuando en realidad hay una pequeña pérdida detrás de cada ser humano en el que nos esforzamos en cuidar, pero perdemos.

Un duelo que, al no tratarse, se transforma en rutina y racionalización de la situación, o una evasión de emociones que nos permitan no identificarnos con el ser que fallece. Nos convencemos de no sufrir, de aceptar la muerte como parte de nuestro trabajo. Lejos de esa realidad Sandra sabe que es humana, y a pesar de que vuelve a casa intentando comportarse con los suyos con naturalidad... no lo consigue, las notas de Pablo quedan en un segundo plano, las discusiones con Javier no le parecen tan importantes y trata de disfrutar de cada respiración de esa tarde como si fuera la última tarde que pasa con ellos.

¿Por qué no hablamos de ello? - se pregunta Sandra - ¿Por qué en el comité de reanimación solo nos planteamos si hemos seguido los pasos adecuados, si hemos respondido como equipo según lo diseñado?

La muerte forma parte de nuestro trabajo, pero el sufrimiento ajeno no puede generar un día normal en nuestras vidas, aunque no lo hablemos. Puede que nosotros no seamos capaces de verlo, pero ellos, los que oyen nuestros pasos arrastrados al entrar en casa, ellos que leen nuestro gesto al entrar y que posponen sus malas noticias para darnos espacio o a veces nos piden un abrazo de más antes de irse a dormir, guardan ese secreto en su corazón.

“Hoy no hemos ganado”, resuena en su cabeza- mientras recuerda la imagen del último aliento de un paciente más, ahora, rodeada de las risas de los suyos mientras Javier aprieta su mano con ternura devolviéndole a la realidad.

